DÓLAR
Los argentinos y el acto reflejo

e **POR SANTIAGO COLANTONIO ***

Aunque obviamente la Argentina es un país que tiene su propia moneda soberana, la realidad es que desde el punto de vista de los usos y costumbres, hace tiempo que la nuestra se comporta como una economía bimonetaria. Lamentablemente durante las últimas cinco o seis décadas de nuestra historia no hemos sabido mantener una moneda fuerte que les ofrezca seguridad en el tiempo.

Esta situación -que sería absolutamente deseable y necesaria para el desarrollo autónomo- tiende a horadar el valor del peso, a veces de manera dramática. Y en consecuencia es natural que la gente tienda a desconfiar de su propia moneda en el momento de ahorrar. Hay claras razones económicas y políticas que podrían explicar estos recurrentes naufragios. La cuestión es que, en paralelo con los desequilibrios de nuestra macroeconomía, desde hace unos 60 años se ha ido acentuando esta condición bimonetaria.

En la actualidad, los datos duros indican que unos pocos argentinos tienen entre US$300 mil millones y US$400 mil millones invertidos en activos en el exterior (categoría en la cual también entran los dólares guardados "en el colchón"). A nivel financiero local, las estimaciones indican que había un total de US$190 mil millones ahorrados en activos financieros (cifras de comienzos de octubre de 2019), de los cuales US$40 mil millones estaban en pesos (plazos fijos y Letras del Tesoro a corto plazo). O sea que si ya de por sí la inversión en activos del exterior dobla a la que está invertida a nivel local, la proporción que está en moneda nacional versus dólares es de un sorprendente 1 a 14.

Los entretelones de esta cuestión cultural bastante arraigada tienen que ver con que ante las dificultades evidentes para mantener una moneda propia consistente, los argentinos tendemos a pensar en el dólar como un espacio de refugio. ¿Por qué razón? Evidentemente lo visualizamos como la moneda que nos otorga cierta seguridad. Incluso a veces esto se da de un modo bastante paradójico, porque muchos compatriotas tienden a correrse al dólar justamente en aquellos momentos en los que se observa la mayor demanda de la divisa, y por consiguiente, en los que tiene lugar un encarecimiento de su valor. En efecto: es como si ante el menor atisbo de devaluación del peso se crease una especie de efecto cascada o de pánico colectivo. Claramente esto tiene que ver con experiencias traumáticas vividas en el pasado, como el "Rodrigazo", la "tablita" de Martínez de Hoz y el "corralito", que han dejado rastros indelebles en nuestra memoria colectiva.

> EN PARALELO CON LOS DESEQUILIBRIOS DE NUESTRA MACROECONOMÍA, DESDE HACE UNOS 60 AÑOS SE HA IDO ACENTUANDO LA CONDICIÓN BIMONETARIA EN EL PAÍS. EN LA ACTUALIDAD, UNOS POCOS ARGENTINOS TIENEN ENTRE U$S 300 Y U$S 400 MIL MILLONES INVERTIDOS EN ACTIVOS EN EL EXTERIOR.

Es decir, para muchas familias y empresas no se trata entonces de especular con afanes rentísticos, sino de intentos de preservar el valor de sus ahorros y de su patrimonio. Lejos de celebrar esta situación, que por cierto es altamente preocupante, en el contexto actual han surgido recientemente plataformas que les permiten a los ahorristas argentinos hacer sus compras y ventas de dólares con los menores costos de intermediación en comparación con las entidades bancarias. Con ello, obviamente, no se remedia la situación de base, pero colabora para que la gente no se vea expuesta a los altos spreads bancarios que aumentan más en momentos de alta volatilidad.

(*) Cofundador & CEO de CambioAR.

No importa el tamaño, sino la eficiencia

e **POR MARIANO P. LANOUGUERE ***

La irrupción de los autodenominados liberales en la política argentina, un nuevo espectro minoritario pero en constante crecimiento que hasta ha propulsado un candidato a Presidente en las últimas elecciones generales, vuelve a poner en el foco de discusión de la agenda pública al Estado.

El liberalismo al que nos referimos es aquel que se ha mediatizado, a través de programas de televisió, utilizando la ironía y el humor ácido como principales herramientas de seducción, destacándose entre ellos Javier Milei, José Luis Espert, Roberto Cachanosvky, Nazareno Etchepare, entre otros. Todos ellos coinciden en que los Tratados de Libre Comercio, la eliminación de impuestos y gravámenes a las exportaciones, la "baja del gasto", la liberación de las barreras a las importaciones de forma descontrolada y la no estimulación de la producción industrial y de las economías regionales son la solución a los problemas de Argentina: para un liberal libertario o "anarco capitalista" como también los he oído autorreferenciarse, todo se soluciona con más y más comercio. No importa que no haya nadie que produzca el bien, y menos aún que ningún consumidor tenga dinero para comprarlo.

La verdadera discusión debería darse en torno a si tenemos un Estado bobo o uno eficiente, no a si es chico o grande. Solamente pretende un Estado chico aquel que ya nació con un gran porcentaje de su vida socioeconómica resuelta.

Cualquier persona con la empatía como valor humano intrínseco, desea un Estado Grande: ese que está en las malas y que debe ocuparse, con prioridad, de todos aquellos que sufren necesidades y no tienen o tuvieron las mismas oportunidades que los demás para poder desarrollarse plenamente como personas, no consiguen la dignidad de un empleo o siquiera pueden acceder al ocio, un tópico dejado de lado cuando hablamos de necesidades básicas insatisfechas pero que es, sin dudas, uno de los principales motores de la felicidad del pueblo, aquella que tiene como horizonte un Estado Grande, presente y que ejercite la justicia social.

¿Estados Grandes en el mundo? Abundan, y no hablamos de Cuba, Bolivia o Venezuela. Hacia arriba (o abajo, según como se lo mire) en el mapa, Noruega, según los últimos datos oficiales publicados, dedicó a educación un 15,73% de su gasto público, a sanidad un 17,59% y a defensa un 3,41%, lo que nos da, añadiendo otros gastos de carácter social, que en 2018 alcanzó el 49,2% del PIB en lo que ellos no consideran gasto público, sino inversión pública, ya que efectivamente los nórdicos ven cómo esa mitad de su salario que la Administración Pública grava, vuelve en obra pública, seguro de desempleo, créditos blandos, estímulos a las sociedades comerciales que producen bienes y servicios, vivienda y tantos otros beneficios.

En Argentina, muchos luchamos por un Estado Grande, presente y pendiente de la ciudadanía más postergada. Pero, al menos a título personal, no puedo hacerles la vista gorda a las provincias argentinas que, según datos oficiales, gestionan sus Estados de forma ineficiente, puesto que en vez de estimular la producción industrial y fomentar sus propias economías regionales para colocar productos en el exterior, crean empleo público precarizado para ocultar la impactante tasa de parados: Chaco encabeza el ranking de la jurisdicción regional con más empleados públicos, Corrientes se mantiene en el segundo lugar y le siguen Misiones y Formosa. En Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba, Santa Cruz y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ese guarismo no asciende a más de 32 sobre cada 100 trabajadores/as registrados/as.

Administrar el Estado en forma eficiente y promover el desarrollo de la economía, garantizar la plenitud de los derechos de la ciudadanía y brindar todas las herramientas para que ésta logre adquirir dignidad a través del trabajo genuino, la salud, la educación y demás asignaturas básicas, son las columnas básicas de un buen gobernante para satisfacer las necesidades de su pueblo.

(*) Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.



¿Qué nos dejó el macrismo?

e **DR. GABRIEL MONZÓN ***

El balance económico de la gestión de Mauricio Macri da pérdida. No importa por dónde lo veamos, todos los números son negativos y son producto, no de la falacia de la herencia recibida, sino de la implementación de políticas económicas que conllevó a una concentración de la riqueza, el aumento de la pobreza y el desmejoramiento general de casi todos los sectores.

Empecemos por la inflación. Lejos de cumplir con su idea de que era lo más fácil de derrotar, la inflación demostró que se necesita saber. En el año 2015, la inflación punta a punta fue de 27,5% con un pico en el primer mes de gestión macrista que ofició de anuncio de lo que venía: en diciembre de 2015 fue de 3,8% iniciando una escalada que no supieron parar. Desde ese momento hasta ahora el IPC ronda el 260%. Este año solamente cerramos con una inflación que supera al 56% y con una caída del salario real de más de 50%.

El PBI en caída libre, a contramano de las economías de la región, es tal vez el principal indicador de que las decisiones políticas internas son las que provocaron la catástrofe. El planteo de que "pasaron cosas" y la metáfora de la tormenta se pulverizan frente a los datos fríos: la Argentina cayó este año más de 1,3%, pero la región en promedio creció un 2,8%.

La pobreza fue en 2015, según la UCA, de 29,2%. Ahora, y según la misma fuente, supera al 40%. Más de dos millones de nuevos pobres. La desocupación superó nuevamente, y luego de muchos años, los dos dígitos. Hoy es superior a 10,6%.

La tasa de interés fue uno de los principales errores de la gestión: superando al 80%, el festival de letras y bonos tiró por la borda todo tipo de posibilidad de inversión productiva. ¿Quién en su sano juicio se anima a invertir en un proyecto productivo cuando por inmovilizar el dinero se obtiene una tasa de retorno anual cercana a 100% nominal? No hay emprendimiento productivo que se arrime a esa renta. Y todo esto con la excusa de frenar el valor del dólar y la inflación. Nada de esto fue acertado. Sino, veamos el tipo de cambio oficial, que pasó de $9,70 el 9 de diciembre de 2015 a $58,37 al 9 de diciembre de 2019. Una devaluación cercana al 600%.

Aumento de tarifas de servicios públicos que, en el caso de las eléctricas ronda cerca del 3.800%. Mucho más que las famosas dos pizzas de las que hablaba Prat Gay. Con un agravante que muchos economistas no explican: el aumento de las tarifas conlleva una notoria disminución de la administración del salario real. Las tarifas son inelásticas, lo que provoca que no tengas posibilidad de destinar ese dinero mediante alguna opción a otro consumo. Eso es un síntoma de la concentración de la riqueza. Esas dos pizzas que millones dejamos de consumir van a las manos de unas pocas familias. Y éste es un ejemplo de por qué empeoró el índice de Gini.

La quita de retenciones a sectores estratégicos disminuyó el ingreso de dinero al Estado. A esto sumamos la caída de la economía y el cóctel fue explosivo, con un enfriamiento forzado que les sacó el dinero del bolsillo a los sectores populares y los transfirió a los sectores poderosos económicamente.

Las exportaciones son la única excepción, pero con la posibilidad que generó el macrismo de no ingresar el dinero producto del comercio internacional, se provocó un efecto que aumentó la concentración y la fuga. Lo que pudo ser un logro terminó siendo negativo. La caída real de las jubilaciones, la falta de oportunidades de empleo, la pobreza e indigencia crecientes, la caída de la actividad económica constante, la inflación galopante, el tipo de cambio incontrolable, la imposición de un súper cepo, jubilados que no pueden pagar medicamentos que eran provistos por el Estado, aumento de tarifas y combustibles ajenos a la realidad, fuga de capitales. Ejemplos de cómo el balance económico de estos cuatro años fueron los peores de la historia reciente de la Argentina.

(*) Titular del Grupo Latina Consultores.